

TEXTO

LUCAS 6,20-49

«²⁰Y **él**, alzando sus ojos a **sus discípulos**, decía: “*Dichosos* los pobres, porque **vuestro** es el reino de Dios. ²¹*Dichosos* los hambrientos **ahora**, porque seréis saciados. *Dichosos* los que lloráis **ahora**, porque reiréis. ²²*Dichosos* sois cuando los hombres **os** odian y cuando **os** excluyan y ultrajen y maldigan **vuestro** nombre por causa del **Hijo del hombre**.”

²³Alegraos ese día y saltad de gozo, porque he aquí que **vuestra** recompensa [es] grande en el cielo.

²⁴Pero ¡**ay de vosotros**, los ricos, porque ya tenéis **vuestro** consuelo! ²⁵¡**Ay de vosotros**, los que estáis hartos **ahora**, porque tendréis hambre! ¡**Ay**, los que reís **ahora**, porque estaréis en duelo y lloraréis! ²⁶¡**Ay**, cuando todos los hombres hablen bien de **vosotros**! Porque de la misma manera trataban sus padres a los falsos profetas.

²⁷Pero **os** digo a los que escucháis: Amad a **vuestros** enemigos, **haced bien** a los que **os** odian, ²⁸**benedicid** a los que **os** maldicen, **orad** por los que **os** injurian.

²⁹Al que **te** pegue en una mejilla, preséntale también la otra, y al que **te** quite el manto, **no niegues** la túnica. ³⁰A *todo* el que **te** pida, dale; y al que se lleve **lo tuyo**, **no [se lo] reclames**.

³¹Y como queréis que **os** hagan los hombres hacedles lo mismo. ³²Y si amáis a los que **os** aman, ¿qué mérito tenéis **vosotros**? Porque *los pecadores* también aman a los que los aman. ³³Y si hacéis bien a los que **os** hacen bien, ¿qué mérito tenéis **vosotros**? También *los pecadores* hacen lo mismo. ³⁴Y si prestáis a aquellos de los que esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis **vosotros**? También *los pecadores* prestan a *los pecadores* para recibir el equivalente. ³⁵Más bien amad a **vuestros** enemigos y **hacedles bien** y **prestadles** sin desesperar; y **vuestra** recompensa será mucha y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los ingratos y malos.

³⁶Sed **compasivos**, como **vuestro Padre** es compasivo.

³⁷Y **no juzguéis** y **no seréis juzgados**; y **no condenéis** y **no seréis condenados**; **perdonad** y **seréis perdonados**. ³⁸Dad y se **os dará**; una buena medida, apretada, remecida y desbordante **darán** en la halda de **vuestro** vestido; porque con la medida con que medís, **seréis medidos vosotros**”.

³⁹Pero les dijo además una parábola: “¿Acaso puede *un ciego* guiar a *otro ciego*? ¿No caerán los dos en el hoyo? ⁴⁰*Un discípulo* no está por encima del *maestro*; pero formado del todo, será como *su maestro*.”

⁴¹¿Por qué miras la paja en el ojo de **tu hermano** y no observas la viga que hay en **tu** propio ojo? ⁴²¿Cómo puedes decir a **tu hermano**: ‘*Hermano*, déjame quitar la paja que hay en **tu** ojo’, cuando **tú mismo** no ves la viga que hay en el **tuyo**? *Hipócrita*, quita primero la viga de **tu** ojo y entonces verás para quitar la paja que hay en el ojo de **tu hermano**.”

⁴³Porque no hay árbol bueno que **haga** un fruto malo ni tampoco un árbol malo que **haga** un fruto bueno. ⁴⁴Porque cada árbol es reconocido por su fruto.

Porque no se cogen higos en las zarzas y no se recoge uva en las matas de espinos.

⁴⁵El hombre bueno, del tesoro bueno del corazón saca el bien; y el malo, de su mal [tesoro], saca el mal; porque de la abundancia del corazón habla su boca.

⁴⁶Pero ¿por qué **me** llamáis: ‘*¡Señor, Señor!*’, y no **hacéis** lo que digo? ⁴⁷Todo el que viene a **mí** y escucha **mis** palabras y las **hace**, **os** voy a mostrar a quién es semejante.

⁴⁸Es semejante a un hombre que, al construir una casa, cavó y profundizó y puso el cimiento sobre la roca. Pero, llegada la crecida, el torrente se echó contra esa casa y no pudo derribarla, por estar bien construida. ⁴⁹Pero el que escucha y no **hace** es semejante a un hombre que construyó una casa sobre la tierra, sin cimiento; el torrente se echó contra ella y enseguida se hundió, y sucedió que la ruina de esa casa fue grande”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (6,20-26)

- Hay cuatro escritos del cristianismo primitivo que contienen unas bienaventuranzas parecidas: a) el sermón de la montaña (Mt 5,1-12); b) el sermón de la llanura (Lc 6,20-26); c) el evangelio de Tomás (EvTh 54; 68-69; cf. 58); y d) los Hechos de Pablo (ActPaul, 5-6). Probablemente son del mismo Jesús, por una parte, el grupo de las tres bienaventuranzas sobre los pobres, sobre los que tienen hambre y sobre los que lloran, y, por otra parte, en un estilo diferente, la de la persecución. Lucas recoge a la fuente Q, es decir, 4 bienaventuranzas. Pero él u otro completó esta colección con las maldiciones: el que estas últimas hayan dejado pocas huellas en los primeros autores de la Iglesia confirma su fecha reciente. Como género literario, la bienaventuranza es conocida en el mundo antiguo, en Egipto o Grecia. En Israel, la encontramos ante todo en la literatura sapiencial. El contenido de la promesa que encierra tiene que ver con la prosperidad terrena y, más tarde, sobre todo en la literatura apocalíptica, con la salvación escatológica, que asegura la felicidad presente.
- Pobres y ricos (vv. 20.24): Lucas se alegra de que *la tradición* haya puesto esta antítesis en primer lugar. Mientras que la tradición judeocristiana se aferraba al doble sentido de «pobre»: material y espiritualmente hablando, Lucas toma esta palabra en su sentido primario (pobre material). A lo largo de todo su evangelio, nos describe a los discípulos como pobres o como personas que se han hecho pobres. Esta imagen da lugar, en Hechos, a la noción de «compartir». Entonces desaparece la palabra «pobre». Probablemente, Lucas, su comunidad y sus lectores potenciales no son pobres y por eso les atormenta el problema de la propiedad; a su vez, Lucas está influido por una tradición apocalíptica sobre la suerte reservada en el último juicio a los ricos y a los pobres; por eso, en Lucas es *la ruptura con la propiedad lo que atestigua el compromiso de la fe*. Los pobres son concretamente los herederos del reino de Dios, pero al mismo tiempo el símbolo de los que, como Lucas, deciden parecerse a ellos. Algunos sumarios lucanos (Hch 2,44-45; 4,32.34-35) muestran cómo se concreta dentro de la Iglesia la primera bienaventuranza.
- El oyente siente ante todo la tensión de la corta proposición principal: «Dichosos los pobres». ¿Cómo es posible llamar dichosos a los pobres? Esta paradoja revela algo del arte expresivo así como de la fuerza teológica de Jesús. La subordinada, situada *detrás* de la principal, aplaca la tensión: «Porque vuestro es el reino de Dios». No es por causa de la pobreza por lo que son dichosos los pobres. Ni mucho menos. Jesús y Lucas están de acuerdo con el AT en decir que la pobreza no es ni un estado envidiable ni un ideal. Pero, desde el fondo de su pobreza, los «pobres» pueden conocer la felicidad porque saben que el reino de Dios es para ellos. ¿Qué quiere decir esto? Que Dios va a reinar pronto y que instalará su justicia. Entonces tendrá lugar la rehabilitación social total de los pobres. Jesús asocia la tradición sapiencial de una felicidad presente con la visión apocalíptica de la salvación venidera. Bajo una forma oculta, el Reino está ya allí, habiendo llegado para los creyentes en su persona, su palabra y sus obras. La pobreza no fundamenta su felicidad ni como estado ni como virtud, sino solo Dios, que va a restablecer su alianza de justicia. En labios de Jesús, «dichosos» es a la vez constatación y convicción: para los pobres, el bienestar anunciado es un estado subjetivo, un sentimiento de satisfacción, que corresponde a una situación objetiva. Para Dios, es el estado de salvación que quiere dar a los bienaventurados en los tiempos escatológicos.
- En el v. 24, «pero», «en cambio» señala el cambio de interlocutores. «¡Ay!» («desgracia») no es una condena, sino un violento sentimiento de pena, una especie de queja. La fórmula «tenéis vuestro consuelo» es extraña (diríamos más bien: «y habéis tenido vuestro consuelo»). Significa: «vuestra felicidad se resume en vuestras posesiones». El verbo utilizado es un término técnico del lenguaje comercial: estáis pagados, se os ha dado vuestro salario y se os ha firmado un recibo.
- El hambre y la saciedad (vv. 21a.25a): La dicha no se basa ni en el hambre como necesidad ni en la virtud de un hambre espiritual, sino en la intervención inminente de Dios. A diferencia de Mateo, Lucas se atiene a una interpretación literal de la bienaventuranza. Ni Jesús, ni Lucas quieren hacer un inventario de las miserias humanas. Desean simplemente *explicitar la acción salvadora de Dios* a partir de tres ejemplos típicos, ahora y en

el último día. La elección de estos ejemplos corresponde a la situación del momento, pero también al simbolismo de la Escritura. En su primer discurso de Nazaret, Jesús había interpretado cristológicamente a Is 61,1-2 (Lc 4,16-30). De todos los que habían sido llamados entonces a recibir la salvación, no quedan más que los pobres, pero son siempre las mismas categorías de personas las que están presentes aquí y allí.

Consideradas en su conjunto, las bienaventuranzas y las maldiciones comunican el mismo mensaje que el *Magnificat*: 1. la miseria presente tiene esperanza; 2. Dios quiere restablecer su alianza de justicia; 3. la evocación de la voluntad divina sitúa a quienes la aceptan en la fe ante la inmensa exigencia ética de no desesperar y de no querer asegurar por sí mismos su propio porvenir.

➤ Llorar y reír (vv. 21b.25b)

«Llorar» y «reír» no expresan simplemente unos sentimientos, sino también su manifestación en unos gestos. Los llantos y las risas son mensajes para los que le rodean a uno, porque las lágrimas se ven, los llantos y las risas se oyen. Detrás de esta tercera bienaventuranza está la teología del AT del *Dios consolador*: si el destierro en Babilonia representa el duelo por excelencia (Sal 136[137],1), la vuelta del destierro simboliza entonces el gozo supremo (cf. Jer 31,7-14). Las tres primeras bienaventuranzas resuenan como oráculos de liberación (Is 66,10). Pero aquí: 1. los justos no desean la desgracia de sus opresores actuales (en contra del Sal 136[137],9); 2. no hay manifestaciones intempestivas de particularismo; 3. no se pronuncia ningún juicio ético: los pobres no están situados en un pequeño círculo de creyentes frente a la multitud de no creyentes (Sal 36 [37]). El acento se sigue poniendo en *la acción escatológica de Dios* y no en la iniciativa humana.

➤ La persecución (vv. 22-23.26): Lucas designa a los perseguidores de manera general y no emplea el verbo «perseguir», término técnico de la Iglesia primitiva. «Odiar» expresa más que un sentimiento y designa también la manifestación y la forma con que los perseguidos sienten sus efectos. «Delimitar», «excluir» tiene que comprenderse en el sentido religioso de excomunión, de exclusión de la sinagoga, más que en el sentido de exclusión social. «Injuriar», «calumniar» indica un atentado contra el honor (cf. 1Pe 4,14). Lucas piensa en la difamación, que era peligrosa y que podía llevar a las víctimas hasta los tribunales. «Por causa del Hijo del hombre» indica que el desprecio no se debe a una actitud hostil o culpable de los cristianos, sino a una relación contra el Hijo del hombre tan estrecha que pueden verse llamados a compartir la misma suerte de su Señor y ser condenados por causa de él. «Saltar», «brincar» manifiesta alegría. Ya hemos encontrado el verbo en Lc 1,41.44. El texto de Lucas es coherente: describe las manifestaciones exteriores de la vida cristiana y no los sentimientos de los creyentes. Se explicita entonces el fundamento de este gozo (v. 23b). Con la referencia al Hijo del hombre (v. 22), cambia toda la perspectiva, ya que son dichosos los cristianos perseguidos, y no ya en general todos los seres que sufren. A pesar de las divergencias de forma con las tres primeras bienaventuranzas, la estructura teológica no cambia: debido a su solución escatológica, la condición histórica de los perseguidos puede considerarse dichosa. ¿Acaso no piensa también, en Hch 14,22, que el Reino viene después de unos *sufrimientos inevitables*?

La cuarta maldición está calcada muy hábilmente sobre la cuarta bienaventuranza. La aprobación de los hombres se ve de ordinario positivamente (cf. Mt 5,16; Flp 2,15), pero hay que sospechar de ella cuando es unánime.

SEGUNDA UNIDAD (6,27-38)

➤ Este pasaje presenta cuestiones existenciales. ¿Se puede amar a los enemigos? ¿Es humano ceder siempre? ¿La regla de oro no va en contra del amor a los enemigos? La exégesis no debe perderse en detalles sino ver el texto en su conjunto.

El amor a los enemigos (vv. 27-28.32-35): Los Padres de la Iglesia del siglo II, sobre todo Justino, vieron en el amor a los enemigos la gran novedad aportada por la ética cristiana, y lo expresaron con orgullo. «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber» dice Pro 25,21: tal es la regla de la ética individual. Pero el buen comportamiento con el enemigo aislado en posición de debilidad no significa necesariamente que haya que comportarse del mismo modo con el vencedor y sus tropas de ocupación. El pueblo de Israel tomó diversas posiciones ante sus enemigos políticos: 1. la colaboración, siempre sospechosa; 2. la defensa de la gloria

de Dios y la purificación del país por las armas; 3. la distancia física acompañada de odio; 4. la separación entre el terreno político y el terreno religioso, que conduce a un alineamiento pragmático en política por un lado y a una fuerte conciencia de la elección por otro, conciencia que se traduce en una clara preferencia por los correligionarios. En el marco de estos debates éticos es donde hay que situar la actitud de Jesús y más tarde la de los primeros cristianos. Durante los primeros decenios, el mandamiento del amor a los enemigos constituyó un factor importante de identidad cristiana, tal como atestigua el número de citas. En la óptica de los cristianos, Jesús interrumpió la tradición del AT del odio de Dios contra los malos (Sal 5,5; 25[26],5; 118[119],113-115; 138[139],19-22; 2Cro 19,2). El particularismo exclusivista de Dt 30,7 ya no tiene vigor: «El Señor tu Dios hará recaer todas estas maldiciones sobre tus enemigos y sobre todos los que te hayan odiado y perseguido». Jesús supera el principio de reciprocidad y de represalia.

Tampoco en el helenismo era nueva la cuestión de la actitud ética ante el enemigo. Es verdad que la teoría y la práctica no iban de acuerdo: el precio de la vida era muy barato, la violencia solía imponerse implacablemente. En cuanto a la suerte del enemigo vencido, los sabios intentaban con sus consejos éticos convencer a los vencedores del valor de la misericordia: la venganza ciega -decían- es indigna de un hombre culto.

El amor a los enemigos no es una regla general de conducta, sino una *actitud característica de los discípulos de Jesús*. Y hasta en la época de Lucas, su posición en la sociedad no estaba asegurada ni era dominante; seguía siendo precaria y dolorosa. Si los discípulos tienen que «rezar» por sus perseguidores, es porque los enemigos están encima. Rezar es lo último que pueden hacer los perseguidos. Lucas, a quien le gusta explicar las cosas de forma narrativa, nos presenta a Jesús (23,34) y a Esteban (Hch 7,60) rezando por sus enemigos. La proximidad del reino de Dios no elimina los riesgos del sufrimiento. En vez de ciertos valores como el éxito, la abundancia o la felicidad, la predicación del Reino suscita conflictos dolorosos que los cristianos tienen que padecer y justificar teológicamente.

La repetición (6,27b) del mandamiento mismo, el tercer ejemplo (6,34) y los giros del v. 35 representan el cambio de situación desde la época de la fuente de la que Lucas toma esta enseñanza, la fuente Q. El peligro de ser perseguido por los judíos ha disminuido y varias personas de las clases superiores se han hecho cristianas. Su actitud para con los demás depende de su pertenencia social y su fortuna. Ya no se les persiguen (Q), sino que se contentan con insultarlos. Su respuesta puede entonces ir más allá de la intercesión: como expresan las frases de Lucas, pueden también hacerles el bien (6,27b.35a) y ofrecerles una ayuda económica (6,34c.35a).

La Biblia griega tradujo el verbo hebreo de «amar» con el término *agapao*. *Stergo* («amar», «querer») era demasiado sentimental; *fileo* designaba el afecto entre amigos, y *erao* («desear», «amar apasionadamente»), no solo en el plano erótico) era demasiado irracional. Por tanto, los traductores se quedaron con un verbo bastante neutro y bastante raro. Los primeros traductores de las palabras de Jesús destacaron las connotaciones siguientes: 1. la iniciativa desinteresada que se adelanta a las necesidades del otro; 2. la expectación que espera una respuesta del ser amado al comienzo de una relación amorosa; 3. el aspecto cognoscitivo del amor, que acompaña siempre al sentimiento; 4. el respeto a la personalidad del otro (y cuando el otro es Dios, «amar» significa también «adorar»). El imperativo «haced el bien a los que os odian», que se encuentra solamente en Lucas, es una explicación del imperativo anterior. Lucas interpreta el primer ejemplo por el segundo: «amar» se puede traducir por «hacer el bien»: es una actitud activa y concreta.

¿Cómo comprender el amor a los enemigos? Hay tres tipos de interpretación: 1. Para el modelo existencialista, el mandamiento de Jesús regula las relaciones cortas: la relación «yo»-«tú»; el amor a los enemigos es una conducta existencial del individuo que actualiza el amor al prójimo y lo adapta, ampliando así la noción de prójimo. Esta radicalización desemboca prácticamente en una filantropía cosmopolita. 2. Para el modelo social, el mandamiento de Jesús solo tiene sentido en una situación política o social concreta. Les dicta a los discípulos su combate no violento contra el poder de los enemigos. El amor a los enemigos no se compone de sentimientos, sino de acciones. No es casual que el mandamiento relativo a la no-violencia figure a su lado; formulaba así una crítica precisa contra los zelotes, que utilizaban la violencia para luchar contra la opresión romana. 3. Para el modelo «sistémico», el amor a los enemigos constituye una alternativa práctica frente a los otros sistemas, que caen continuamente en la violencia y la represión. ¿Cómo describir su funcionamiento? a) Según la tradición más antigua (Lc 6,35c; Mt 5,45b), Jesús proclamó su mandamiento de amar a nuestros enemigos sobre la base de una afirmación teocéntrica («porque...»). No se trata de imitar a Dios, sino de *actuar en el marco de una relación recíproca*. Los discípulos, a quienes se dirige el mandamiento, parten de la iniciativa

de Dios, que nos ama a nosotros, sus “enemigos” (por el pecado). Esta afirmación esencial relega el primer aspecto del mandamiento al segundo lugar: lo principal es lo que Dios mismo ha hecho. El indicativo precede al imperativo. Dios es más que un ejemplo de alguien que ama a sus enemigos. Fue el primero en amar y esta iniciativa suya es la que nos da la posibilidad y la fuerza de observar el mandamiento de Jesús. b) La instancia que enuncia el mandamiento, el sujeto de «yo os digo», no es un ser ni anónimo ni indiferente. Jesús cumple personalmente lo que nos manda. Seguirle, imitarle, se basa entonces en su misma vida. Amar a sus enemigos no es quedarse aislado, sino caminar tras las huellas de aquel que, en su agonía, pidió por sus verdugos (Lc 23,34). c) El mandamiento está acompañado de una promesa, y hasta de la más alta promesa que pueden esperar los seres humanos: hacerse hijos e hijas del «Altísimo» (Lc 6,35b y Mt 5,45).

Pueden contraponerse entre sí una correcta y una incorrecta comprensión del amor a los enemigos. La interpretación incorrecta es *bipolar* y nos sitúa frente a frente a los enemigos y a nosotros; pero esto no puede ser: Jesús exigiría en ese caso algo imposible, una propensión patológica a ser odiado. La interpretación correcta incluye un tercer polo: a Jesús que nos habla. Si la voz de Jesús es para nosotros una ley, estamos en la interpretación incorrecta. Pero si mantenemos una relación viva con él, podemos llegar incluso a amar a nuestros enemigos, porque estamos afectivamente colmados por Cristo y por Dios. Así es como salimos del sistema cerrado de las represalias y *ofrecemos al otro una nueva relación con nosotros* y -esperémoslo- también con Jesús. Cuando amamos a nuestros enemigos, dejan de ser ya nuestros enemigos. Por eso, no hay que excluir la esperanza de que también nosotros dejemos de ser enemigos para ellos.

Negarse a la resistencia violenta (vv. 29-30): Mt 5,39-42 y Lc 6,29-30 son paralelos, a pesar de algunas diferencias de detalle y de contenido. A pesar de la diversidad de ejemplos y de giros, el mandamiento de Jesús fue comprendido de la misma manera por los primeros testigos. El discípulo, tomado aquí aparte y confrontado con su responsabilidad como individuo, debe ceder en todo caso. El que la serie de mandamientos se haya relacionado con el amor a los enemigos subraya cómo se concreta este amor: *cediendo*. La frase de Jesús sobre «la otra» mejilla, que invita a los discípulos a no devolver mal por mal, podría criticar implícitamente a los zelotes. Si la exageración no es simplemente retórica, Jesús recomienda de hecho *una actitud de provocación* para desenmascarar la agresividad de nuestro contrario, mostrar su impotencia y demostrar así todo lo que la no-violencia tiene de dinámico.

La regla de oro (v. 31): Algunos afirman que la regla de oro se incorporó desde fuera a la ética cristiana: esta regla de sabiduría no viene de Israel; fue la sabiduría popular helenista la que la transmitió al judaísmo. La regla de oro tiene más adelante un eco: la llamada a la misericordia (v. 36). Amar a los enemigos y renunciar a las represalias, por un lado (vv. 27b-30), así como no juzgar y dar, por otro, no pueden comprenderse según Lucas más que por medio de una doble analogía: la regla de oro y la misericordia. Los discípulos toman la iniciativa ética, así como Dios ofrece su amor a los hombres (6,36). La ética cristiana, según Lucas, integra una forma de reciprocidad arraigada en Dios (6,31).

La misericordia (v. 36): Lucas habla de misericordia, Mateo de perfección. Las dos versiones remiten a una afirmación teológica del AT: la imitación de Dios (Lev 19,2). Pues bien, en Lev 19,2, el atributo esencial de Dios es la santidad («santo»). En Lucas, la sentencia constituye un fundamento teológico. En la Biblia griega (LXX), *oiktirmon* («compasivo», «misericordioso») se utiliza trece veces hablando de Dios y solo tres o cuatro veces hablando de los seres humanos. De los dos atributos principales de Dios, la santidad y la compasión, Lucas escoge la compasión como *fuerza de una conducta cristiana*.

No juzgar, dar (vv. 37.38): La invitación a la misericordia desempeña un papel de transición, ya que concluye el pasaje sobre el amor a los enemigos e inaugura hábilmente el siguiente tema de no juzgar y de dar. Jesús en Lucas exige ante todo que no juzguemos, que no pronunciemos un juicio definitivo sobre las personas, que no les colguemos unas etiquetas, que no las encerremos en categorías jerárquicas. Si *krino* del v. 37a podía tener todavía dos sentidos, «juzgar» y «condenar», *katadikazo* del v. 37b no puede significar más que «condenar», «pronunciar la sentencia». Al juzgar a las personas, nos ponemos en el lugar de Dios. Si tenemos que permanecer firmes en nuestras convicciones cristianas, hemos de dejar a los demás libres (*apolyete*), permitir que se decidan ellos mismos. Es una actitud difícil. Se nos dibuja de forma paradigmática en la actitud de Jesús para con los de fuera (15,1-3). Conocemos a nuestros prójimos y también sus debilidades, pero sabemos que

Dios nos juzgará a todos. En el plano individual, así como en el plano de la justicia humana, hay que *distinguir entre el juicio sobre las acciones y el juicio sobre las personas*. Jesús no exige que lo aprobemos todo sin discernimiento; no se opone a una valoración exacta de los seres y de las cosas. Pablo lo comprendió cuando dijo que el creyente iluminado por el Espíritu juzga de todo (1Co 2,15, esta vez *anakrinei* [«examina», «verifica»] y no *krinei* [«juzga»] ni *katakrinei* [«condena»]). Lucas expresa la actitud del *guía de almas* (Lc 6,37) y Pablo la del predicador (1Co 2,15).

El v. 37, lo mismo que el v. 36, sitúan dar y perdonar en primer plano. Históricamente, el «no juzguéis» de Jesús es polémico y se refiere a los dirigentes de Israel, que encerraban la vida religiosa y social en la categoría de la ley. Lucas ha captado bien el descubrimiento que ha hecho Jesús del amor de Dios como fundamento de la ley y se ha alegrado de ello: ¡que los discípulos perdonen, no con la finalidad egoísta de recibir el perdón el último día, sino porque el perdón ha entrado en su vida con el mensaje de Jesús!

Lo mismo que Dios es «bienhechor», «bueno» (6,35), también los discípulos deben probar su amor por el don («dad», 6,38a). La justicia y el perdón son, en la nueva economía de la salvación, la respuesta al amor primero que Dios nos demuestra.

La imagen escogida para evocar la retribución (v. 38b) procede del mundo comercial. El cliente pondrá la mercancía comprada en los pliegues de su vestido. Antes, el comerciante la ha pesado debidamente, ha llenado la medida de grano, la aprieta, la remece y sigue echando hasta que desborda. Si Dios deja, desde el principio, que el amor se imponga sobre el derecho, tampoco se pondrá a hacer las cuentas exactas el último día: dejará que desborde su bondad que supera todo cálculo. El v. 38c puede extrañar, ya que viene detrás de la promesa: en una fórmula sapiencial, evoca una recompensa debidamente calculada. Lucas la entiende como un consejo de prudencia para el momento presente. Porque, para él, la perspectiva escatológica de la salvación no oculta jamás *la seriedad del compromiso presente*.

TERCERA UNIDAD (6,39-49)

- *Ceguera y discipulado (vv. 39-40)*: Son posibles tres interpretaciones de este v. 39: a) una polémica antifarisea, como en Mt 15,12-14; b) justificada por las sentencias que siguen (por ejemplo, v. 40), una crítica de los guías de la comunidad lucana y de su pretendida superioridad; c) una exhortación a unos creyentes que, mientras permanezcan en la ceguera, no podrán conducir a los demás con sus consejos. La sentencia exige la formación y la madurez espiritual de cada cristiano (cf. v. 40b). Para Lucas, hacerse cristiano esa salir de las tinieblas y construir con ojos nuevos una nueva realidad. Sigue en pie el argumento de peso: una conducta arriesgada conduce a una situación peor que la anterior. Lucas teme que haya tensiones en la comunidad entre los simples creyentes y los que se sienten mejor ilustrados y pretenden instruir a los demás.

En la segunda sentencia del v. 40, la frase se convierte en una regla de vida comunitaria: el discípulo no está por encima del maestro ni de ningún otro discípulo. Y como el Señor no juzgó, tampoco debe ningún discípulo juzgar a su hermano. Si no, demuestra que es ciego y que carece de formación. En el judaísmo, el discípulo en formación tenía como objetivo igualar a su maestro para poder enseñar también él. Lucas no va tan lejos. Lo que cuenta para él es la analogía con la actitud ética de Jesús. Hacerse semejante al maestro, a Jesús, solo es posible por la acción de Cristo y por la relación de fe con él. Parecerse a él, finalmente, es ponerse al servicio de todos los que sufren.

- *La mirada y la educación (vv. 41-42)*: La segunda persona del singular sugiere una exhortación oral. El sabio que la pronuncia tiene autoridad, trata al acusado de «hipócrita», juega con la ironía y se sirve de ejemplos llevados hasta el extremo, que *deben su fuerza a su misma exageración*. El «tú», acusado, es el que toma la iniciativa; comienza volviendo su mirada hacia el otro. A esta mirada corresponde una ceguera ante uno mismo, ya que el «tú» cree que su ojo es benévolo, o por lo menos que tiene razón. Movido por el deseo de ayudar, acompaña su mirada con una palabra. Pero, en su ceguera ante sí mismo, no observa que su mirada y su palabra son malintencionadas y producen el efecto de un juicio. Al fijarse en los defectos del otro, lo ataca en su persona misma. Esta actitud del «tú» es la de un hombre alienado, la de un «hipócrita», no en el sentido moderno de falsedad consciente, sino en el sentido bíblico, antiguo, de ceguera inconsciente sobre sí mismo. El «tú» cree que obra bien; pero en realidad lo que hace es obrar mal, al denunciar las debilidades del otro, que son las suyas, y estando excesivamente apegado al «orden debido». Desde el punto de vista antropológico, Jesús nos acusa de

que nos hacemos una imagen deformada de los otros y *velamos nuestra propia imagen con nuestras resistencias*. Estas resistencias son tanto más fuertes cuanto más atacado se siente el ser humano.

¿No cae el mismo Jesús en la trampa contra la que previene a los demás? No; porque la solicitud de Jesús es de naturaleza muy distinta de la preocupación del «tú» por su hermano. La debilidad que desenmascara Jesús no es una paja, sino una viga gruesa, un grave desorden en nuestras relaciones humanas. Además, Jesús no nos juzga para condenarnos, sino para ofrecernos una esperanza y abrirnos un porvenir. Es el amor lo que le lleva a preocuparse de la persona humana. Según él, lo más urgente es tomar conciencia de la propia doblez y trabajar sobre uno mismo. Pero para lograrlo, necesitamos tener una relación sana con los demás, ya que solos no podríamos salir de nuestra ceguera.

Las cinco etapas de esta pedagogía, que para Lucas es una pedagogía eclesial, son las siguientes: 1. renuncia a erigirse en juez de los demás; 2. apertura a las palabras de Jesús, que me interpela con amor y esperanza; 3. reconocimiento de mis faltas graves (las vigas, no solo las pajas); 4. compromiso de ser otro hombre u otra mujer (quitar la viga); 5. solo entonces, la imitación posible de Jesús (v. 40b) y el permiso para hacerse maestro del otro (ya que soy previamente su hermano o su hermana). *Es preciso que yo sea un ser nuevo para tener derecho a proponerle un pequeño cambio (una paja, v. 42b); de proponérselo, no de prescribírselo.*

- *El test del árbol (vv. 43-45):* El «porque», a comienzos del v. 43, introduce una especie de explicación lógica: si la persona sigue portándose como un hipócrita (v. 42), su mal fruto demuestra que se parece a un árbol malo. Lo que importa no es lo que se dice, sino lo que se hace (obsérvense los dos participios del verbo «hacer»). Con la imagen del árbol y de su fruto, Lucas piensa en los cristianos de rango social elevado que, por entusiasmo fácil o por comodidad, querrían ciertamente creer, pero no hacen pasar su fe a la práctica.

A primera vista, el v. 44 repite el v. 43, pero introduce por medio de «es reconocido» un elemento nuevo. A pesar de una simetría formal, el v. 44b no repite el sentido del v. 43; más concreto, opone dos frutos comestibles a dos árboles silvestres. Se trata de una acusación: el árbol improductivo es inútil. Y lo mismo que el campesino no va a buscar fruto en donde no puede darse, también Dios sabrá dónde recoger el fruto de los creyentes. Lucas tiene una finalidad exhortativa: animar a los cristianos a traducir en su vida su relación con Cristo (cf. v. 47).

En el v. 45a Lucas pasa de la imagen a la realidad. Todo se juega en el corazón. Para él, el corazón está como paralizado mientras no escucha y acepta la palabra de Dios. Los creyentes están llamados a extraer sin cesar el bien del tesoro que hay en su corazón. Si recordamos el contexto precedente, constatamos que la exigencia ética atañe a las acciones y a las palabras de los creyentes: estos dos aspectos de la fe vivida se resumen en la versión que da Lucas del amor a los enemigos (6,27-28). El v. 45b juega con una imagen. Lo que el hombre pronuncia viene de su más profundo ser; detrás de su palabra, está el ser humano responsable de lo que dice. El corazón humano se parece por tanto a una fuente; la boca es como el caño que emite las palabras salidas del corazón. A diferencia del v. 46, esta sentencia no distingue entre sinceridad y doblez. Y como el 45a, afirma categóricamente que el valor de las palabras depende de lo que valga el corazón. La boca no tiene sobre la palabra más influencia que la que tiene el caño o el cubo sobre el agua de la fuente. En nuestra época, en la que *se habla tanto para no decir nada*, asombra esta vieja sabiduría, que dice que *hablemos solo cuando el corazón esté lleno*. Se trata aquí del contraste entre el interior del ser humano y sus expresiones. Este pasaje trata de las palabras, pero puede aplicarse también a las acciones humanas.

- *Parole, parole (v. 46):* Al contrario de la sentencia anterior, el v. 46 presupone que la voluntad no siempre sigue a la intención, que la acción no es forzosamente fiel a la promesa. Con la repetición del título «Señor», Lucas piensa más en la oración que en la profesión de fe. «Señor» para dirigirse a Dios se empleaba entonces tanto en la oración personal como en la plegaria litúrgica. «Señor» no era solamente Dios Padre, sino también, para los cristianos, el Señor resucitado, a quien se daban gracias por su obra de salvación, cuya presencia se pedía ardientemente y cuyo retorno se esperaba con pasión.

Hay primero un diagnóstico: los cristianos aquí interpelados reconocen en sus oraciones que Jesús es ahora el Señor de su existencia; sin embargo, viven como si esta certeza no les comprometiera en nada fuera de la esfera religiosa. Esta palabra de Jesús se parece por tanto a las acusaciones que YHWH dirigía en el AT por labios del profeta. Esta queja dolorosa del Señor Jesús se distingue sin embargo de aquellas, porque no contiene amenazas ni anuncio de castigo.

- **Construir bien y construir mal (vv. 47-49):** El texto compara por medio de dos sentencias simétricas al buen discípulo con un buen constructor (v. 48) y al discípulo pasivo con quien no entiende de construcciones (v. 49). Este tipo de dualismo recuerda las confrontaciones expresadas en las sentencias sapienciales (6,43 y 6,45). Mientras que Mateo acumula la lluvia, la inundación y la tempestad (Mt 7,25), Lucas habla solo de la inundación, pero en dos etapas; menciona primero la crecida de las aguas; la palabra utilizada por Lucas designa la marea alta, cualquier subida de las aguas, el diluvio. Aquí, crecida e inundación. El texto nos describe a continuación la fuerza de las aguas que se lanzan contra la casa, pero se rompen contra ella y, prosigue Lucas lógicamente, no pueden derribarla. La descripción de Mateo corresponde a la meteorología de Palestina. La de Lucas evoca más bien las grandes riadas que se producen durante la estación de las lluvias en los países del sur.
- En Lucas, el contraste no está entre la piedra y la arena como en Mateo, sino entre la piedra y la tierra, y sobre todo entre los cimientos y la falta de todo cimiento. Como la construcción de una base sólida constituye un duro trabajo, podemos concluir que Lucas insiste en el esfuerzo humano. Si es pasiva, la fe cristiana pierde todo su valor.
- En el caso trágico de la falta de cimientos, la avalancha de agua se echa también aquí, contra la casa, pero esta vez la casa se destruye.
- Es evidente el trasfondo semítico del v. 49: «oír» y «hacer» constituyen una sola cosa. Para concretar esta combinación necesaria, los letrados judíos utilizaron la imagen del árbol o la imagen de la casa. Pero, desde el punto de vista judío, los evangelios son *libros heréticos*, ya que las palabras que hay que oír y hacer, poner en práctica, no son aquí los preceptos de la ley, sino *la enseñanza nueva de Jesús*. En estos últimos versículos del sermón de la llanura se abre paso *una fuerte pretensión cristológica*: la constatamos en la frecuencia de la primera persona del singular («lo que digo»; «a mí»; «mis palabras»).

Paso 1 Lectio: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 Meditatio: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 Oratio: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Petición, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 Actio: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?